

NUESTRA TRADICION ANTIMPERIALISTA:
DR. FRANCISCO R. ARGILAGOS

Por: Jorge Castellanos.

Es un hecho definitivamente probado que el antimperialismo constituye uno de los ingredientes esenciales de la mejor tradición cubana. Independentismo y antimperialismo son como las dos caras del gran medallón patriótico. Martí resumió esta idea en una frase definitiva: Cuba debe ser libre de España y de los Estados Unidos. En el grupo de los forjadores de esta gran tradición ocupa puesto de honor el ilustre oftalmólogo, escritor y patriota Dr. Francisco R. Argilagos.

El barquichuelo va rasgando las sombras de la madrugada antillana. De pronto, casi de un salto la luz despierta en el oriente. Dos figuras, recostadas sobre la barandilla, parecen buscar algo ansiosamente en el horizonte.

—Mira, hijo mío, mira... Es Cuba... Es Cuba. A lo lejos, una línea oscura comienza a perfilarse, a cobrar forma definitiva, a revestirse de colores

El muchacho, con ojos encandilados, ve como se acerca al amadísimo paisaje, bajo el sol naciente. La contempla por primera vez. Pero es como si ya lo conociera. ¡Tantas veces se lo ha descrito el padre, con su palabra de fuego, allá en el destierro colombino!

Ahora la patria está ya aquí. Una sinfonía de verde. Un poema de luz. Un nudo en la garganta.

—Aquello ... aquello es el Morro....

Pero, ¿qué pasa que el anciano ha quedado de pronto silencioso, como metido en sí mismo, como ofendido por algo?

El hijo, que tan bien lo conoce, indaga, mientras el barco enfila la boca del puerto de Santiago de Cuba.

—¿Qué te pasa, papá?

No hay respuesta. Luego, la mano huesosa señala hacia la fortaleza. Sobre ella flota una bandera. Pero no es la del triángulo rojo y la estrella solitaria. Es otra. Es la de los Estados Unidos, *the star splangled banner*.

—Esa no es la nuestra. Nunca será la nuestra.

Y el rostro aguileño se contrae dolorosamente.

La sirena del barco opaca la sonrisa de la mañana con largo treno.

El anciano que acaba de desembarcar en Santiago de Cuba, se llama Francisco R. Argilagos y lleva sobre las espaldas una larga vida de sacrificios y de luchas por la causa sagrada de la independencia de Cuba.

A los treinta años recién cumplidos (nació el 4 de septiembre de 1838) se lanzó con sus hermanos de Puerto Príncipe al campo insurrecto. Cuatro años antes había regresado a la tierra natal desde Francia, con un título de doctor en Medicina y los honores cosechados en los hospitales de Rouen y de Evereux y en el Primer Congreso de Oftalmología de París, que lo eligió su Primer Secretario.

Argilagos milita en la izquierda del campo mambí. Es, desde el principio, un luchador enérgico contra la esclavitud de los negros, a pesar de pertenecer él a una familia de rancio abolengo camagüeyano. Cuando se le dice que es preciso transigir momentáneamente con la nefasta institución por razones de táctica revolucionaria, contesta que él no reconoce más que un solo tipo de libertad. Comprende que la unidad es la única base del triunfo. Porque no hay causa segura si no se asienta en la justicia

En la manigua, pelea y cura. Usa el machete. Maneja el bisturí. «Asiste a los heridos después del combate—dice Esténger, su mejor biógrafo—, todavía sudoroso de la refriega, oliente a pólvora y mugre. A veces la función de médico exige más valor que la de soldado. No importa. Se ha dado íntegramente a una causa. No se pertenece. Su vida misma no es suya. Tiene que conjurar una epidemia de cólera. Hay campamentos, como el de Santa Beatriz, que de seis a ocho hombres mueren de peste cada día. En otra ocasión es la viruela. El doctor Argilagos traslada en sus propios brazos a los moribundos, para reducir el contagio».

No podemos resumir aquí la vida agitadaísima del gran patriota. Hecho prisionero, logra evadirse de la garra española. Marcha al extranjero. Recorre las tierras de América. Vuelve a Cuba por un breve período. Por fin se asienta en Colombia, desde donde asiste al amanecer de la nueva insurrección. Viejo, enfermo, pero infatigable, sacando fuerzas de flaquezas, predica y pelea. No puede ir al campo de combate. No importa. Sus hijos seguirán su ruta. El los manda a guerrear por su patria. Así se lo dice a Enrique Trujillo, en carta hermosa que recorre luego la América. «Se va mi hijo mayor, Franklin, a ver de que modo sigue para los campos de Cuba a cumplir con su deber. Yo cumplí con el mío, y estoy ya casi camino

de la eternidad. Ayúdalo con tus consejos; acógelo como tu hijo, dirígelo. Cuba, Dios y yo te lo agradeceremos. Los otros dos irán después.»

Efectivamente, diez y siete días más tarde vuelve a escribir a Trujillo enviándole dos hijos más a la guerra (Arturo y Roberto). Y promete mandar los otros tres que quedan a su abrigo, tan pronto alcancen edad, pues el que más tiene llega a los 14 años.

Este es el temple del hombre que en 1899 viene a Santiago de Cuba en busca de un rincón patrio en que terminar sus días. Baja a tierra entre dos de sus hijos: Oscar y Rafael. Este último, hoy Director de la Biblioteca Municipal de la ciudad de los Maceo, guardará siempre en su recuerdo la emoción de aquel minuto incomparable. Será, además, el guardián celoso de la memoria y de la obra del padre. A su empeño se debe la publicación de una parte de lo mucho que escribió en sus años de destierro el doctor Francisco R. Argilagos.

(¿PODRA VER CORONADO SU EMPEÑO DE DAR A LA ESTAMPA LO QUE AUN QUEDA INEDITO?)

La República fue para la gran masa de los luchadores por Cuba libre un chispazo de alegría en los comienzos, una profunda decepción después.

El doctor Argilagos, espíritu fogoso, alma rectilínea, hombre que «no tenía pelos en la lengua», era incapaz de permanecer en la quietud mientras contemplaba cómo la soberanía de su tierra yacía en el polvo bajo la bota norteamericana.

Funda en Santiago de Cuba el Partido Republicano Democrático, junto con el doctor Joaquín Castillo Duany. Se pronuncia contra la candidatura de Don Tomás, «porque trae implícita la imposición del gobierno yanqui.»

(En su Archivo se conserva un retrato de Estrada Palma en el que la mano de Argilagos estampó con mayúsculas: «¡TRAIDOR!»)

Es entonces cuando escribe una serie de vigorosos artículos contra la intromisión del gobierno norteamericano en los asuntos cubanos. Es entonces cuando se convierte en uno de los más enérgicos voceros del patriotismo antinorteamericano.

Un día de agosto de 1902 da una vuelta por la bahía santiaguera. ¡Y de nuevo contempla la bandera de los Estados Unidos en la fortaleza del Morro! La amargura le rebosa el corazón. Y desde un periódico local (La República), lanza su grito de encendida protesta. Argilagos es nada menos que Director del Hospital Civil de Santiago de Cuba. Tiene la seguridad de que su oposición al régimen ha de traerle represalias. No importa. El

no sabe callar. El no sabe someterse. Contra la opinión de los prudentes se lanza al ataque. Publica un artículo bajo el título lacerado de «SIN LIBERTAD Y SIN BANDERA»». Lo inicia con una dedicatoria acida: «Para el álbum del Presidente de la República Tomás Estrada Palma». Lo termina con un reto. Antes de la firma, estampa: «Vuestro no adicto». Poco después le llega la cesantía.

*

El panfleto es una brillante clarinada.

Oigamos:

«Transcurren ya TRES MESES desde que surgió a la vista de las nacionalidades la República de Cuba, soberana y hermosa, dícese, y todavía durante estas largas horas pasadas en la ilusión de una ansiada libertad, todavía repetimos: ¡¡¡Varias Compañías de artilleros americanos, de soldados de otra nación, ocupan, como casa propia, la fortaleza del Morro, a la entrada del puerto de Santiago de Cuba, ciudad capital al oriente de la Isla de Cuba!!! Sobre los vetustos y desprestigiados torreones, parapetos y baterías . . . ondeando majestuosa y tranquila, iluminada por nuestro ardiente Sol y acariciada fraternalmente por las suaves brisas de nuestro Mar Caribe •—todo nuestro— ¡la bandera de otro pueblo! la orgullosa bandera de la República de los Estados Unidos del Norte, que a pesar de nuestra gratitud hacia ella, NO ES, NO SERA NUNCA la bandera de la «nueva nacionalidad americana» que el orbe civilizado ha saludado con respetuoso júbilo y deferencia el memorable día del 20 de mayo de 1902.»

«Y hacia un lado, distante.... allá.... y sobre triste plataforma, melancólica, más que gozosa y arrogante, la discutida bandera que al entusiasta decir de los unos y a los beneméritos apasionamientos de los más, es la que cantaron los poetas, la que tremolaron los tribunos y en cuyo holocausto rindieron su vida mártires y soldados; pero cuyo heroísmo y virtud parece que el Satán de la ingratitud se goza, perturbador y envidioso, en sepultar en las oscuras y profundas simas de la indiferencia y el olvido.»

«¿Esta bandera? ¡La bandera del triángulo rojo: la bandera más linda del mundo: la bandera, en fin, de la República de Cuba! Que no surge a la admiración y al afecto del mundo entre «himnos de gloria, de bendiciones y alabanzas», y a los resplandores de la libertad fecunda.... sino vacilante y flaca, gracias a la humillante tolerancia y despreocupación de un Gobierno débil y cobarde y de la malicia del aliado poderoso que la atisba,

la tiraniza y la humilla, usurpador y egoísta, sin que perturbe la conciencia del uno, ni de los dos, la recíproca y bochornosa complicidad con que parece que han pactado la temprana muerte de este pueblo que, «indómito, guerrero, generoso y altivo como el vasco, ha escrito sus luchas en las rocas de las montañas con la sangre de sus hijos y representa ya en la historia la nacionalidad por excelencia, la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular».

«¡Maldita soberbia la que de modo tan infame arma en satánica conjunción el rudo brazo de Caín»!

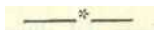
«No se exalte, pues, la prensa radical del mundo, ni la opinión honrada del Universo, inteligente y sensible, con poéticos y generoso lirismos, con prematuros regocijos, en ponderar una felicidad que es infortunio: un amor que no es sonrisa ni alegría sino desencanto y martirio.»

«No crea tampoco, no, que está completa la obra de redención y justicia del pueblo cubano, ni que creen su frente las vivificadoras auras de la libertad, como con gallarda inspiración y estilo pregonan caracteres tan desinteresados como el de Pi Margall y «El Nuevo Régimen» de Madrid».

«Que no pueden ser sinceros, ni verdad, manifestaciones que no tienen en cuenta la intrusión de esa otra bandera que aun luce sus colores, y se yergue, altanera, sobre nuestro territorio y fortaleza, en preferentes lugares; es decir la bandera de la República de los Estados Unidos del Norte y constituye, fuera de dudas, una amenaza constante a la vida y a la historia del pueblo mártir de América; una autorización (sic) sospechosa, un privilegio violento, el suicidio, la muerte».

«No en vano labios traidores, labios imperialistas, hacen descarado alarde de ese abuso sin precedentes en la historia de las nacionalidades civilizadas, exclamando: «Pueden nuestras manos (manos yanquis) bajar esa bandera; pero en ese mismo día, en esa misma hora, la plantarán otra vez, con carácter perpetuo sobre las Estaciones Navales de Matanzas y Ñipe al Norte de la Isla y sobre las Carboneras de Guantánamo y Cienfuegos al Sur, puntos estratégicos elegidos por nuestros hombres de Estado para que, como círculo de hierro, estorbe las altivas protestas del «pueblo redimido» (?) y colman nuestra imperial ambición procediendo en este caso, la nación americana, con el mismo derecho con que Francia, Inglaterra, Portugal y Rusia se han tomado para sí lo que de los pueblos débiles de Asia y de los amplios y salvajes territorios del Africa les ha convenido».

«¡Como es amarga la libertad de que se alardea en Cuba»!



Argilagos ha tomado posición, definida, definitivamente: Frente al imperialismo yanqui. Con Cuba, siempre con Cuba.

En cada oportunidad su vigilancia revolucionaria sabe dar la voz de alarma.

Cuando en 1903 se firma el Tratado sobre Estaciones Navales y Carboneras que pone en manos de los Estados Unidos parte del territorio nacional, la indignación del ilustre patricio es estruendosa. Publica en «La República» de Santiago de Cuba varios artículos denunciando ese «atentado de lesa patria conque se le ha dado muerte a la República de Cuba... borrando al nacer nuestra brillante nacionalidad, entregando al nacer nuestra brillante nacionalidad, entregando criminalmente nuestra patria, atando pies y manos, al codicioso yanqui.»

Y el 20 de mayo del mismo año, vuelve a la carga, con su fogosidad de siempre, como una llama que de su propia sustancia se alimentara.

Argilagos denuncia con valentía al responsable del crimen. Refiriéndose a los Estados Unidos los llama: «la nación que ha usurpado a mano armada el Borinquen y el Hawái; matado la libertad y el derecho en Filipinas. La misma que antes de redimir al esclavo, colgó de elevada potencia a John Brown, el Spartaco de América, que pedía lo propio. . . ! ¡Que nación y qué hombres! ¿Hoy?. Hoy encadena a Cuba. . . trazan a capricho líneas divisorias sobre nuestras costas y mares; elevan en nuestro corazón, que es nuestra tierra, su expansivo pabellón y se despachan, para carboneras y estaciones navales, todo el espacio que le viene en ganas, de nuestra topografía y horizontes... Y después de un año de República.... como si nadie supiera nada. ¡Qué Gobiernos! ¡Y qué República!»

«¡Pobre Cuba! Convertida en una provincia china, en una codiciada Manchuria . . que ocupa todavía a estas horas el imperialista del Norte. . . que no evacúa!».

La exclamación arranca de la raíz de una corazón atribulado. Y en seguida, como expresión estremecida de la gran crisis de la ilusión patriótica que la nueva nacionalidad sufría al año justo de inaugurada la República. Argilagos invita a la meditación:

«El pueblo medite, pues, y vea de cuantos bochornos viene acompañada esta fecha: este 20 de mayo de 1903, sin perspectivas: sin ideales: sin juventud: sin punto de apoyo.»

«De aquí que resulte el día más infausto para la fe, para la esperanza y para el patriotismo cubano, desfallecido y en tinieblas». ¡Tremenda caída de «los Cristos del alma!»

Pero este hombre extraordinario, pese a todo se empeña en no darse por vencidos. Mira hacia adelante, hacia el futuro patrio. Y se sabe precursor de los grandes combates que han de venir. Adquiere la certidumbre de que su protesta no será en vano. Desde las cenizas de su ilusión se levanta.

«Hora es por tanto, escribe, de que abramos surcos de dignidad y vergüenza en el corazón de los indignos: así surgirá respetada, suprema y luminosa la bandera de la Patria... la de la República de Cuba... sobre nuestras costas y mares.... sobre la fortalezas del Estado ... y en cuanto va de la tierra al cielo de nuestra glorificación e infinito amor por ella»....

«Y puesto que la hora apremia: protestemos».

«Que de algo vale adelantar la lucha, así sean unos minutos».

«Para mejor edificar».

*
—————

Fueron duros y amargos los últimos años del patricio.

Por nada del mundo podía él abjurar de sus ideas. Y eso, nada menos, era lo que le exigían quienes se decían dispuestos a ayudarlo.

Viejo, cansado, enfermo, con larga familia que mantener, Argilagos prefería la miseria a la deshonra.

Murió el 9 de noviembre de 1908. ¡El féretro humilde en que bajó al sepulcro fue pagado por algunos amigos generoso del liberalismo!

Sobre su tumba pudiera esculpirse, como epitafio, la frase de Hugo que le sirviera como lema en uno de sus inflamados artículos contra el servilismo anexionista de Tomás Estrada Palma.

«Difiero de vos y de nuestros consejeros en que soy un revolucionario y en que para mí la revolución continúa.»

Ahí tenemos de cuerpo entero al precursor.

Porque, efectivamente, hoy —pese al sentimiento genuflexo de las clases dominantes— el pueblo, la masa popular, asiéndose a la hermosa tradición antimperialista de los Martí, Maceo, Gómez, García, Masó, Sanguily, Argilagos se alza en defensa de su bandera, de su tierra y de su honra.

Sí, el gran patriota fue un clarividente. La revolución cubana continúa. La revolución cubana triunfará.

Cuando así sea, el nombre del doctor Francisco R. Argilagos será definitivamente rescatado de la oscuridad en que lo mantienen la ignorancia, la indiferencia y el temor abyecto de los fariseos.